

Maurice Leblanc

El viajero  
Misterioso



**E** LEJANDRIA

Maurice Leblanc

El viajero  
Misterioso



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL SIETE DE CORAZONES

**MAURICE LEBLANC**

**PUBLICADO: 1907**  
**FUENTE: PROJECT GUTENBERG**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## EL SIETE DE CORAZONES

Se plantea una pregunta, y me la han hecho a menudo:

—¿Cómo conocí a Arsène Lupin?

Nadie duda de que lo conozco. Los detalles que acumulo sobre este hombre desconcertante, los hechos irrefutables que expongo, las pruebas nuevas que aporto, la interpretación que doy de ciertos actos de los que solo se habían visto las manifestaciones exteriores sin penetrar en sus razones secretas ni en su mecanismo invisible, todo ello demuestra, si no una intimidad, que la propia existencia de Lupin haría imposible, al menos unas relaciones amistosas y confianzas continuas.

Pero, ¿cómo lo conocí? ¿De dónde me viene el favor de ser su historiógrafo? ¿Por qué yo y no otro?

La respuesta es fácil: el azar solo ha presidido una elección en la que mi mérito no tiene nada que ver. Es el azar el que me ha puesto en su camino. Es por azar que me vi envuelto en una de sus más extrañas y misteriosas aventuras, por azar, en fin, que fui actor en un drama del que él fue el maravilloso director de escena, un drama oscuro y complejo, erizado de tales peripecias que siento cierta turbación en el momento de emprender su relato.

El primer acto transcurre durante esa famosa noche del 22 al 23 de junio de la que tanto se ha hablado. Y, por mi parte, digámoslo de inmediato, atribuyo la conducta bastante anómala que mantuve en la ocasión al estado de ánimo muy especial en el que me

encontraba al regresar a casa. Habíamos cenado entre amigos en el restaurante de la Cascade y, durante toda la velada, mientras fumábamos y la orquesta de gitanos tocaba valeses melancólicos, no habíamos hablado más que de crímenes y robos, de intrigas espantosas y tenebrosas. Esa es siempre una mala preparación para el sueño.

Los Saint-Martin se marcharon en automóvil. Jean Daspry —ese encantador y despreocupado Daspry que debía, seis meses después, morir de forma tan trágica en la frontera de Marruecos—, Jean Daspry y yo regresamos a pie en la noche oscura y cálida. Cuando llegamos ante el pequeño palacete que yo habitaba desde hacía un año en Neuilly, en el bulevar Maillot, me dijo:

—¿No tiene usted miedo nunca?

—¡Qué idea!

—Hombre, ¡este pabellón está tan aislado! Sin vecinos... terrenos baldíos... La verdad, no soy cobarde, y sin embargo...

—¡Vaya, qué alegre está usted!

—¡Oh! Digo esto como podría decir otra cosa. Los Saint-Martin me han impresionado con sus historias de bandidos.

Tras estrecharme la mano, se alejó. Tomé mi llave y abrí.

—¡Vaya, hombre! —murmuré—. Antoine ha olvidado encenderme una vela.

Y de repente recordé: Antoine no estaba, le había dado el día libre.

Enseguida la sombra y el silencio me resultaron desagradables. Subí a mi habitación a tientas, lo más rápido posible, y, de inmediato, contrariamente a mi costumbre, giré la llave y eché el cerrojo.

La llama de la vela me devolvió la sangre fría. Sin embargo, tuve cuidado de sacar mi revólver de su funda, un revólver grande de largo alcance, y lo puse al lado de mi cama. Esta precaución terminó

de tranquilizarme. Me acosté y, como de costumbre, para dormirme, tomé de la mesita de noche el libro que me esperaba allí cada noche.

Me quedé muy asombrado. En lugar del marcapáginas con el que lo había marcado la víspera, se encontraba un sobre, sellado con cinco lacres rojos. Lo cogí vivamente. Llevaba como dirección mi nombre y apellidos, acompañados de esta mención: «Urgente».

¡Una carta! ¡Una carta a mi nombre! ¿Quién podía haberla puesto en ese lugar? Un poco nervioso, rasgué el sobre y leí:

«A partir del momento en que abra usted esta carta, pase lo que pase, oiga lo que oiga, no se mueva, no haga un gesto, no lance un grito. De lo contrario, está perdido.»

Yo tampoco soy un cobarde y, como cualquiera, sé mantenerme firme ante el peligro real o sonreír ante los peligros quiméricos que asustan nuestra imaginación. Pero, repito, me encontraba en una situación de ánimo anómala, más fácilmente impresionable, con los nervios a flor de piel. Y además, ¿no había en todo aquello algo turbador e inexplicable que habría conmovido el alma del más intrépido?

Mis dedos apretaban febrilmente la hoja de papel, y mis ojos releían sin cesar las frases amenazadoras... «No haga un gesto... no lance un grito... de lo contrario, está perdido...» ¡Vamos!, pensé, es alguna broma, una farsa imbécil.

Estuve a punto de reír, incluso quise reír a carcajadas. ¿Quién me lo impidió? ¿Qué temor indeciso me oprimió la garganta?

Al menos soplaría la vela. No, no pude soplarla. «Ni un gesto, o está perdido», estaba escrito.

Pero, ¿por qué luchar contra esas autosugestiones a menudo más imperiosas que los hechos más precisos? No había más que cerrar los ojos. Cerré los ojos.

En el mismo momento, un ruido ligero pasó en el silencio, luego unos crujidos. Y provenían, me pareció, de una gran sala vecina

donde había instalado mi despacho y de la que solo me separaba la antecámara.

La proximidad de un peligro real me sobreexcitó, y tuve la sensación de que iba a levantarme, coger mi revólver y precipitarme en esa sala. No me levanté: frente a mí, una de las cortinas de la ventana izquierda se había movido.

La duda no era posible: ¡se había movido! ¡Se movía todavía! Y vi —¡oh, lo vi claramente!— que había entre las cortinas y la ventana, en ese espacio demasiado estrecho, una forma humana cuyo grosor impedía que la tela cayera recta.

Y el ser también me veía, era seguro que me veía a través de las mallas muy anchas de la tela. Entonces lo comprendí todo. Mientras los otros se llevaban su botín, su misión era mantenerme a raya. ¿Levantarme? ¿Coger un revólver? Imposible... ¡estaba allí! Al menor gesto, al menor grito, estaba perdido.

Un golpe violento sacudió la casa, seguido de pequeños golpes agrupados de dos en dos o de tres en tres, como los de un martillo que golpea clavos y rebota. O al menos eso es lo que imaginaba, en la confusión de mi cerebro. Y otros ruidos se entrecruzaron, un verdadero estruendo que demostraba que no se cortaban en absoluto y que actuaban con total seguridad.

Tenían razón: no me moví. ¿Fue cobardía? No, más bien aniquilación, impotencia total para mover un solo de mis miembros. Sabiduría también, porque, al fin y al cabo, ¿para qué luchar? Detrás de ese hombre, había otros diez que acudirían a su llamada. ¿Iba a arriesgar mi vida por salvar unos tapices y unas baratijas?

Y toda la noche duró este suplicio. ¡Suplicio intolerable, angustia terrible! El ruido se había interrumpido, pero *no dejaba de esperar* que recommenzara. ¡Y el hombre! ¡El hombre que me vigilaba, arma en mano! Mi mirada asustada no lo abandonaba. ¡Y mi corazón latía! ¡Y el sudor corría por mi frente y todo mi cuerpo!

Y de repente un bienestar inexpresable me invadió: un carro de lechero, cuyo traqueteo conocía bien, pasó por el bulevar, y al mismo

tiempo tuve la impresión de que el alba se colaba entre las persianas cerradas y que un poco de luz de fuera se mezclaba con la sombra.

Y la luz penetró en la habitación. Y otros carros pasaron. Y todos los fantasmas de la noche se desvanecieron.

Entonces saqué un brazo de la cama, lenta, sigilosamente. Enfrente, nada se movió. Marqué con los ojos el pliegue de la cortina, el lugar preciso donde debía apuntar, calculé exactamente los movimientos que debía ejecutar y, rápidamente, empuñé mi revólver y disparé.

Salté de la cama con un grito de liberación y me abalancé sobre la cortina. La tela estaba perforada, el cristal estaba perforado. En cuanto al hombre, no había podido alcanzarlo... por la buena razón de que no había nadie.

¡Nadie! Así que, itoda la noche había estado hipnotizado por un pliegue de cortina! Y mientras tanto, unos malhechores... Rabioso, con un impulso que nada habría detenido, giré la llave en la cerradura, abrí mi puerta, crucé la antecámara, abrí otra puerta y me lancé a la sala.

Pero un estupor me clavó en el umbral, jadeante, aturdido, más asombrado aún de lo que lo había estado por la ausencia del hombre: no había desaparecido nada. Todas las cosas que suponía sustraídas, muebles, cuadros, viejos terciopelos y viejas sedas, itodas esas cosas estaban en su sitio!

¡Espectáculo incomprensible! ¡No daba crédito a mis ojos! Sin embargo, ese estruendo, esos ruidos de mudanza... Di la vuelta a la habitación, inspeccioné las paredes, hice inventario de todos esos objetos que conocía tan bien. ¡No faltaba nada! Y lo que más me desconcertaba es que nada revelaba tampoco el paso de los malhechores, ningún indicio, ni una silla movida, ni una huella de pisada.

—Veamos, veamos —me decía, cogiéndome la cabeza con las dos manos—, ¡no estoy loco! ¡Lo he oído!...

Pulgada a pulgada, con los procedimientos de investigación más minuciosos, examiné la sala. Fue en vano. O más bien... ¿pero podía considerar esto un descubrimiento? Debajo de una pequeña alfombra persa, arrojada sobre el parqué, recogí una carta, un naipe. Era un siete de corazones, parecido a todos los sietes de corazones de las barajas francesas, pero que retuvo mi atención por un detalle bastante curioso. La punta extrema de cada una de las siete marcas rojas en forma de corazón estaba perforada por un agujero, el agujero redondo y regular que habría practicado la punta de un punzón.

Eso fue todo. Una carta y una nota encontrada en un libro. Aparte de eso, nada. ¿Era suficiente para afirmar que no había sido juguete de un sueño?

---

Durante todo el día, proseguí mis investigaciones en el salón. Era una gran estancia desproporcionada con la pequeñez del palacete, y cuya ornamentación atestiguaba el gusto extraño de quien la había concebido. El parqué estaba hecho de un mosaico de pequeñas piedras multicolores, formando grandes dibujos simétricos. El mismo mosaico recubría las paredes, dispuesto en paneles, alegorías pompeyanas, composiciones bizantinas, frescos de la Edad Media. Un Baco cabalgaba un tonel. Un emperador coronado de oro, de barba florida, sostenía una espada en su mano derecha.

En lo más alto, un poco a la manera de un taller, se recortaba la única y vasta ventana. Como esta ventana estaba siempre abierta por la noche, era probable que los hombres hubieran pasado por allí, con ayuda de una escalera. Pero, aquí tampoco, ninguna certeza. Los soportes de la escalera deberían haber dejado huellas en el suelo apisonado del patio: no había ninguna. La hierba del terreno baldío que rodeaba el palacete debería haber estado recién pisada: no lo estaba.

Confieso que no se me ocurrió acudir a la policía, tan inconsistentes y absurdos eran los hechos que habría tenido que

exponer. Se habrían burlado de mí. Pero, dos días después, era mi día de crónica en el *Gil Blas*, donde escribía entonces. Obsesionado por mi aventura, la conté con todo detalle.

El artículo no pasó desapercibido, pero vi que no se lo tomaban muy en serio y que lo consideraban más como una fantasía que como una historia real. Los Saint-Martin se burlaron de mí. Daspry, sin embargo, que no carecía de cierta competencia en estas materias, vino a verme, se hizo explicar el asunto y lo estudió... sin más éxito, por otra parte.

Pues bien, una de las mañanas siguientes, sonó el timbre de la verja, y Antoine vino a avisarme de que un señor deseaba hablar conmigo. No había querido dar su nombre. Le rogué que subiera.

Era un hombre de unos cuarenta años, muy moreno, de rostro enérgico, y cuyas ropas limpias, pero gastadas, anunciaban una preocupación por la elegancia que contrastaba con sus maneras más bien vulgares.

Sin preámbulos, me dijo —con una voz ronca, con acentos que me confirmaron la situación social del individuo—:

—Señor, de viaje, en un café, el *Gil Blas* cayó en mis manos. Leí su artículo. Me interesó... mucho.

—Se lo agradezco.

—Y he vuelto.

—¡Ah!

—Sí, para hablar con usted. ¿Son exactos todos los hechos que ha contado?

—Absolutamente exactos.

—¿No hay ni uno solo que sea de su invención?

—Ni uno solo.

—En ese caso, quizá tenga alguna información que proporcionarle.

—Le escucho.

—No.

—¿Cómo que no?

—Antes de hablar, tengo que verificar si son ciertos.

—¿Y para verificarlos?

—Necesito quedarme solo en esta habitación.

Lo miré con sorpresa.

—No veo muy bien...

—Es una idea que tuve al leer su artículo. Ciertos detalles establecen una coincidencia realmente extraordinaria con otra aventura que el azar me ha revelado. Si me he equivocado, es preferible que guarde silencio. Y la única manera de saberlo es que me quede solo...

¿Qué había detrás de esa proposición? Más tarde recordé que, al formularla, el hombre tenía un aire inquieto, una expresión de fisonomía ansiosa. Pero, en el momento, aunque un poco asombrado, no encontré nada particularmente anormal en su petición. ¡Y además, me estimulaba tal curiosidad!

Respondí:

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo necesita?

—¡Oh! Tres minutos, no más. Dentro de tres minutos, me reuniré con usted.

Salí de la habitación. Abajo, saqué mi reloj. Pasó un minuto. Dos minutos... ¿Por qué me sentía oprimido? ¿Por qué esos instantes me parecían más solemnes que otros?

Dos minutos y medio... Dos minutos y tres cuartos... Y de repente, sonó un disparo.

En unas pocas zancadas, subí los escalones y entré. Un grito de horror se me escapó.

En medio de la sala, el hombre yacía, inmóvil, acostado sobre el lado izquierdo. La sangre manaba de su cráneo, mezclada con restos de sesos. Cerca de su puño, un revólver, todavía humeante.

Una convulsión lo agitó, y eso fue todo.

Pero más aún que ese espectáculo espantoso, algo me golpeó, algo que hizo que no pidiera auxilio de inmediato y que no me arrodillara para ver si el hombre respiraba. ¡A dos pasos de él, en el suelo, había un siete de corazones!

Lo recogí. Las siete puntas de las siete marcas rojas estaban perforadas por un agujero...

---

Media hora después, llegaba el comisario de policía de Neuilly, luego el médico forense, luego el jefe de la Sûreté, el señor Dudouis. Tuve buen cuidado de no tocar el cadáver. Nada pudo falsear las primeras constataciones.

Fueron breves, tanto más breves cuanto que al principio no se descubrió nada, o muy poco. En los bolsillos del muerto, ningún papel; en sus ropas, ningún nombre; en su ropa interior, ninguna inicial. En resumen, ni un indicio capaz de establecer su identidad. Y en la sala, el mismo orden que antes. Los muebles no habían sido movidos, y los objetos habían conservado su antigua posición. Sin embargo, ese hombre no había venido a mi casa con la única intención de suicidarse, y porque juzgaba que mi domicilio convenía mejor que ningún otro para su suicidio! Era necesario que un motivo lo hubiera determinado a ese acto de desesperación, y que ese motivo mismo resultara de un hecho nuevo, constatado por él en el curso de los tres minutos que había pasado solo.

¿Qué hecho? ¿Qué había visto? ¿Qué había sorprendido? ¿Qué secreto espantoso había penetrado? No se permitía ninguna suposición.

Pero, en el último momento, se produjo un incidente que nos pareció de considerable interés. Cuando dos agentes se agachaban para levantar el cadáver y llevárselo en una camilla, se dieron cuenta de que la mano izquierda, cerrada hasta entonces y crispada, se había relajado, y que una tarjeta de visita, toda arrugada, se escapaba de ella.

Esta tarjeta llevaba: Georges Andermatt, rue de Berry, 37.

¿Qué significaba aquello? Georges Andermatt era un importante banquero de París, fundador y presidente de ese Comptoir des métaux que había dado tal impulso a las industrias metalúrgicas de Francia. Llevaba un gran tren de vida, poseía un *mail-coach*, automóviles, una cuadra de carreras. Sus reuniones eran muy concurridas y se citaba a la señora Andermatt por su gracia y por su belleza.

—¿Será el nombre del muerto? —murmuré.

El jefe de la Sûreté se inclinó.

—No es él. El señor Andermatt es un hombre pálido y un poco canoso.

—Pero entonces, ¿por qué esta tarjeta?

—¿Tiene usted teléfono, señor?

—Sí, en el vestíbulo. Si quiere acompañarme.

Buscó en la guía y pidió el 415.21.

—¿Está el señor Andermatt en casa? —Haga el favor de decirle que el señor Dudouis le ruega que venga a toda prisa al 102 del bulevar Maillot. Es urgente.

Veinte minutos más tarde, el señor Andermatt descendía de su automóvil. Se le expusieron las razones que necesitaban su intervención, y luego se le condujo ante el cadáver.

Tuvo un segundo de emoción que contrajo su rostro, y pronunció en voz baja, como si hablara a su pesar:

—Étienne Varin.

—¿Lo conocía?

—No... o al menos sí... pero solo de vista. Su hermano...

—¿Tiene un hermano?

—Sí, Alfred Varin... Su hermano vino una vez a solicitarme... no recuerdo con qué motivo...

—¿Dónde vive?

—Los dos hermanos vivían juntos... en la rue de Provence, creo.

—¿Y no sospecha la razón por la que este se ha suicidado?

—En absoluto.

—Sin embargo, ¿esta tarjeta que tenía en la mano?... ¡Su tarjeta con su dirección!

—No entiendo nada. Evidentemente, no es más que una casualidad que la instrucción nos explicará.

Una casualidad, en todo caso, muy curiosa, pensé, y sentí que todos teníamos la misma impresión.

Esta impresión la reencontré en los periódicos del día siguiente, y en todos mis amigos con los que hablé de la aventura. En medio de los misterios que la complicaban, tras el doble descubrimiento, tan desconcertante, de ese siete de corazones siete veces perforado, tras los dos acontecimientos tan enigmáticos uno como el otro de los que mi morada había sido el teatro, esta tarjeta de visita parecía por fin prometer un poco de luz. A través de ella se llegaría a la verdad.

Pero, contrariamente a las previsiones, el señor Andermatt no proporcionó ninguna indicación.

—He dicho lo que sabía —repetía—. ¿Qué más se quiere? Soy el primer estupefacto de que esta tarjeta se haya encontrado allí, y espero como todo el mundo que este punto se aclare.

No se aclaró. La investigación estableció que los hermanos Varin, de origen suizo, habían llevado, bajo diferentes nombres, una vida muy agitada, frecuentando garitos, en relaciones con toda una banda de extranjeros de la que se ocupaba la policía, y que se había dispersado tras una serie de robos en los que su participación solo se estableció posteriormente. En el número 24 de la rue de Provence, donde los hermanos Varin habían habitado en efecto seis años antes, se ignoraba qué había sido de ellos.

Confieso que, por mi parte, este asunto me parecía tan embrollado que no creía mucho en la posibilidad de una solución, y que me esforzaba por no pensar más en ello. Pero Jean Daspry, por el contrario, a quien vi mucho en esa época, se apasionaba cada día más.

Fue él quien me señaló este eco de un periódico extranjero que toda la prensa reproducía y comentaba:

«Se van a proceder, en presencia del emperador, y en un lugar que se mantendrá secreto hasta el último minuto, a los primeros ensayos de un submarino que debe revolucionar las condiciones futuras de la guerra naval. Una indiscreción nos ha revelado su nombre: se llama *El Siete de Corazones*.»

¡El Siete de Corazones! ¿Era una coincidencia? ¿O se debía establecer un vínculo entre el nombre de este submarino y los incidentes de los que hemos hablado? Pero, ¿un vínculo de qué naturaleza? Lo que pasaba aquí no podía de ninguna manera relacionarse con lo que pasaba allá.

—¿Qué sabe usted? —me decía Daspry—. Los efectos más dispares a menudo provienen de una causa única.

Dos días después, nos llegaba otro eco:

«Se pretende que los planos de *El Siete de Corazones*, el submarino cuyas pruebas tendrán lugar próximamente, han sido ejecutados por ingenieros franceses. Estos ingenieros, habiendo solicitado en vano el apoyo de sus compatriotas, se habrían dirigido

luego, sin más éxito, al Almirantazgo inglés. Damos estas noticias con toda reserva.»

No me atrevo a insistir demasiado en hechos de naturaleza extremadamente delicada, y que provocaron, se recordará, una emoción tan considerable. Sin embargo, puesto que todo peligro de complicación está descartado, debo hablar del artículo del *Écho de France*, que tanto ruido hizo entonces, y que arrojó sobre el asunto del Siete de Corazones, como se le llamaba, algunas claridades... confusas.

Helo aquí, tal como apareció bajo la firma de Salvator:

El asunto del Siete de Corazones. Un rincón del velo levantado.

«Seremos breves. Hace diez años, un joven ingeniero de minas, Louis Lacombe, deseoso de consagrar su tiempo y su fortuna a los estudios que proseguía, dimitió de su cargo y alquiló, en el número 102 del bulevar Maillot, un pequeño palacete que un conde italiano había hecho construir y decorar recientemente. Por intermedio de dos individuos, los hermanos Varin, de Lausana, uno de los cuales lo asistía en sus experimentos como preparador, y el otro le buscaba patrocinadores, entró en relaciones con H. Georges Andermatt, que acababa de fundar el Comptoir des Métaux.

»Tras varias entrevistas, logró interesarlo en un proyecto de submarino en el que trabajaba, y se acordó que, en cuanto la invención estuviera definitivamente a punto, el señor Andermatt usaría su influencia para obtener del ministerio de Marina una serie de ensayos.

»Durante dos años, Louis Lacombe frecuentó asiduamente el palacete Andermatt y sometió al banquero los perfeccionamientos que aportaba a su proyecto, hasta el día en que, satisfecho él mismo de su trabajo, habiendo encontrado la fórmula definitiva que buscaba, rogó al señor Andermatt que se pusiera en campaña.

»Ese día, Louis Lacombe cenó en casa de los Andermatt. Se marchó, por la noche, hacia las once y media. Desde entonces no se le ha vuelto a ver.

»Releyendo los periódicos de la época, se vería que la familia del joven acudió a la justicia y que la fiscalía se preocupó. Pero no se llegó a ninguna certeza, y generalmente se admitió que Louis Lacombe, que pasaba por un muchacho original y fantasioso, se había ido de viaje sin avisar a nadie.

»Aceptemos esta hipótesis... inverosímil. Pero se plantea una pregunta, capital para nuestro país: ¿qué ha sido de los planos del submarino? ¿Se los llevó Louis Lacombe? ¿Están destruidos?

»De la muy seria investigación a la que nos hemos dedicado, resulta que esos planos existen. Los hermanos Varin los tuvieron en sus manos. ¿Cómo? Aún no hemos podido establecerlo, como tampoco sabemos por qué no intentaron venderlos antes. ¿Temían que se les preguntara cómo los habían obtenido? En todo caso, ese temor no ha persistido, y podemos afirmar con toda certeza lo siguiente: los planos de Louis Lacombe son propiedad de una potencia extranjera, y estamos en condiciones de publicar la correspondencia intercambiada a este propósito entre los hermanos Varin y el representante de esa potencia. Actualmente, *El Siete de Corazones* imaginado por Louis Lacombe está siendo realizado por nuestros vecinos.

»¿Responderá la realidad a las previsiones optimistas de quienes se han visto envueltos en esta traición? Tenemos, para esperar lo contrario, razones que el acontecimiento, quisiéramos creer, no desmentirá.»

Y un post scriptum añadía:

«Última hora.—Esperábamos con razón. Nuestras informaciones particulares nos permiten anunciar que los ensayos de *El Siete de Corazones* no han sido satisfactorios. Es bastante probable que a los planos entregados por los hermanos Varin les faltara el último documento aportado por Louis Lacombe al señor Andermatt la noche de su desaparición, documento indispensable para la comprensión total del proyecto, una especie de resumen donde se encuentran las conclusiones definitivas, las evaluaciones y las

medidas contenidas en los otros papeles. Sin este documento, los planos son imperfectos; del mismo modo que, sin los planos, el documento es inútil.

»Por lo tanto, todavía estamos a tiempo de actuar y de recuperar lo que nos pertenece. Para esta tarea muy difícil, contamos mucho con la asistencia del señor Andermatt. Tendrá a bien explicar la conducta inexplicable que ha mantenido desde el principio. Dirá no solo por qué no contó lo que sabía en el momento del suicidio de Étienne Varin, sino también por qué nunca reveló la desaparición de los papeles de la que tenía conocimiento. Dirá por qué, desde hace seis años, hace vigilar a los hermanos Varin por agentes a su sueldo.

»Esperamos de él, no palabras, sino actos. De lo contrario...»

La amenaza era brutal. Pero, ¿en qué consistía? ¿Qué medio de intimidación poseía Salvator, el autor... anónimo del artículo, sobre el señor Andermatt?

Una nube de reporteros asaltó al banquero, y diez entrevistas expresaron el desdén con el que respondió a este requerimiento. A lo que el corresponsal del *Écho de France* ripostó con estas tres líneas:

«Quiera o no el señor Andermatt, es desde ahora nuestro colaborador en la obra que emprendemos.»

---

El día en que apareció esta réplica, Daspry y yo cenamos juntos. Por la noche, con los periódicos extendidos sobre mi mesa, discutíamos el asunto y lo examinábamos desde todas sus facetas con esa irritación que se sentiría al caminar indefinidamente en la sombra y chocar siempre con los mismos obstáculos.

Y de repente, sin que mi criado me hubiera avisado, sin que el timbre hubiera sonado, la puerta se abrió y una dama entró, cubierta con un espeso velo.

Me levanté de inmediato y me adelanté. Ella me dijo:

—¿Es usted, señor, quien vive aquí?

—Sí, señora, pero le confieso...

—La verja del bulevar no estaba cerrada —explicó ella.

—¿Pero la puerta del vestíbulo?

No respondió, y pensé que debía de haber dado la vuelta por la escalera de servicio. ¿Conocía entonces el camino?

Hubo un silencio un poco embarazoso. Miró a Daspry. A mi pesar, como habría hecho en un salón, lo presenté. Luego le rogué que se sentara y me expusiera el motivo de su visita.

Se quitó el velo y vi que era morena, de rostro regular y, si no muy bella, al menos de un encanto infinito, que provenía sobre todo de sus ojos, unos ojos graves y dolorosos.

Dijo simplemente:

—Soy la señora Andermatt.

—¡La señora Andermatt! —repetí, cada vez más asombrado.

Un nuevo silencio. Y ella reanudó con una voz tranquila, y con el aire más sereno:

—Vengo por este asunto... que ya sabe. He pensado que quizá podría obtener de usted alguna información...

—Dios mío, señora, no sé más de lo que han dicho los periódicos. Haga el favor de precisar en qué puedo serle útil.

—No sé... No sé...

Solo entonces tuve la intuición de que su calma era ficticia, y que, bajo ese aire de seguridad perfecta, se escondía una gran turbación. Y nos callamos, tan incómodos el uno como el otro.

Pero Daspry, que no había dejado de observarla, se acercó y le dijo:

—¿Me permite, señora, hacerle algunas preguntas?

—¡Oh, sí! —exclamó ella—, así hablaré.

—Hablará... ¿cualesquiera que sean esas preguntas?

—Cualesquiera que sean.

Reflexionó y sentenció:

—¿Conocía usted a Louis Lacombe?

—Sí, por mi marido.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—La noche en que cenó en nuestra casa.

—Esa noche, ¿nada pudo darle a entender que no lo volvería a ver?

—No. Había aludido a un viaje a Rusia, ipero tan vagamente!

—¿Contaba entonces con volver a verlo?

—Dos días después, para cenar.

—¿Y cómo explica esta desaparición?

—No la explico.

—¿Y el señor Andermatt?

—Lo ignoro.

—Sin embargo...

—No me interrogue sobre eso.

—El artículo del Écho de France parece decir...

—Lo que parece decir es que los hermanos Varin no son ajenos a esta desaparición.

—¿Es esa su opinión?

—Sí.

—¿En qué se basa su convicción?

—Al dejarnos, Louis Lacombe llevaba una cartera que contenía todos los papeles relativos a su proyecto. Dos días después, hubo una entrevista entre mi marido y uno de los hermanos Varin, el que vive, en el curso de la cual mi marido adquirió la prueba de que esos papeles estaban en manos de los dos hermanos.

—¿Y no los denunció?

—No.

—¿Por qué?

—Porque, en la cartera, había algo más que los papeles de Louis Lacombe.

—¿El qué?

Dudó, estuvo a punto de responder, pero, finalmente, guardó silencio. Daspry continuó:

—Esa es, pues, la causa por la que su marido, sin avisar a la policía, hacía vigilar a los dos hermanos. Esperaba a la vez recuperar los papeles y esa cosa... comprometedoras gracias a la cual los dos hermanos ejercían sobre él una especie de chantaje.<sup>1</sup>

—Sobre él... y sobre mí.<sup>2</sup>

—¡Ah! ¿Sobre usted también?<sup>3</sup>

—Sobre mí principalmente.<sup>4</sup>

Articuló estas tres palabras con una voz sorda. Daspry la observó, dio unos pasos y, volviendo a ella:

—¿Usted escribió a Louis Lacombe?

—Ciertamente... mi marido estaba en relaciones...

—Aparte de esas cartas oficiales, ¿no escribió usted a Louis Lacombe... otras cartas? Disculpe mi insistencia, pero es indispensable que sepa toda la verdad. ¿Escribió usted otras cartas?

Toda sonrojada, murmuró:

—Sí.

—¿Y son esas cartas las que poseían los hermanos Varin?

—Sí.

—¿El señor Andermatt lo sabe, entonces?

—No las ha visto, pero Alfred Varin le reveló su existencia, amenazándolo con publicarlas si mi marido actuaba contra ellos. Mi marido tuvo miedo... retrocedió ante el escándalo.

—Solo que ha hecho todo lo posible por arrancarles esas cartas.

—Ha hecho todo lo posible... al menos, eso supongo, porque, a partir de esa última entrevista con Alfred Varin, y tras las pocas palabras muy violentas con las que me dio cuenta de ella, ya no ha habido entre mi marido y yo ninguna intimidad, ninguna confianza. Vivimos como dos extraños.

—En ese caso, si no tiene nada que perder, ¿qué teme?

—Por muy indiferente que me haya vuelto para él, soy la que amó, la que aún habría podido amar; —¡oh, de eso estoy segura! — murmuró con una voz ardiente—, aún me habría amado, si no se hubiera apoderado de esas malditas cartas...

—¡Cómo! ¿Lo habría conseguido?... ¿Pero los dos hermanos desconfiaban, sin embargo?

—Sí, e incluso se jactaban, al parecer, de tener un escondite seguro.

—¿Entonces?...

—¡Tengo toda la razón para creer que mi marido ha descubierto ese escondite!

—¡Vamos! ¿Dónde se encontraba?

—Aquí.

Me estremecí.

—¡Aquí!

—Sí, y siempre lo había sospechado. Louis Lacombe, muy ingenioso, apasionado de la mecánica, se divertía, en sus horas perdidas, confeccionando cofres y cerraduras. Los hermanos Varin debieron de sorprender y, posteriormente, utilizar uno de esos escondites para disimular las cartas... y otras cosas también, sin duda.

—¡Pero no vivían aquí! —exclamé.

—Hasta la llegada de usted, hace cuatro meses, este pabellón permaneció desocupado. Es probable, pues, que volvieran, y pensaron además que la presencia de usted no los molestaría el día en que necesitaran retirar todos sus papeles. Pero contaban sin mi marido que, en la noche del 22 al 23 de junio, forzó el cofre, tomó... lo que buscaba, y dejó su tarjeta para demostrar a los dos hermanos que ya no tenía que temerles y que los papeles cambiaban. Dos días más tarde, advertido por el artículo del Gil Blas, Étienne Varin se presentó en su casa a toda prisa, se quedó solo en este salón, encontró el cofre vacío... y se suicidó.

Tras un instante, Daspry preguntó:

—Es una simple suposición, ¿no es así? ¿El señor Andermatt no le ha dicho nada?

—No.

—¿Su actitud hacia usted no se ha modificado? ¿No le ha parecido más sombrío, más preocupado?

—No.

—¡Y cree usted que sería así si hubiera encontrado las cartas! Para mí, no las tiene. Para mí, no fue él quien entró aquí.

—¿Pero quién entonces?

—El personaje misterioso que conduce este asunto, que tiene todos los hilos y que lo dirige hacia un fin que apenas entrevemos a través de tantas complicaciones, el personaje misterioso cuya acción visible y todopoderosa se siente desde la primera hora. Es él y sus

amigos quienes entraron en este hotel el 22 de junio, es él quien descubrió el escondite, es él quien dejó la tarjeta del señor Andermatt, es él quien posee la correspondencia y las pruebas de la traición de los hermanos Varin.

—¿Quién, él? —interrumpí, no sin impaciencia.

—El corresponsal del Écho de France, ¡pardiez, ese Salvator! ¿No es de una evidencia cegadora? ¿No da en su artículo detalles que solo puede conocer el hombre que ha penetrado los secretos de los dos hermanos?

—En ese caso —balbuceó la señora Andermatt con espanto—, ¡él tiene también mis cartas, y es él a su vez quien amenaza a mi marido! ¡Qué hacer, Dios mío!

—Escribirle —declaró netamente Daspry—, confiarse a él sin rodeos; contarle todo lo que sabe y todo lo que pueda averiguar.

—¡Qué dice!

—Su interés es el mismo que el suyo. Está fuera de toda duda que actúa contra el superviviente de los dos hermanos. No es contra el señor Andermatt que busca armas, sino contra Alfred Varin. Ayúdelo.

—¿Cómo?

—¿Tiene su marido ese documento que completa y que permite utilizar los planos de Louis Lacombe?

—Sí.

—Adviértaselo a Salvator. Si es necesario, trate de procurarle ese documento. En resumen, entre en correspondencia con él. ¿Qué arriesga?

El consejo era audaz, peligroso incluso a primera vista, pero la señora Andermatt no tenía mucha elección. Además, como decía Daspry, ¿qué arriesgaba? Si el desconocido era un enemigo, esta gestión no agravaba la situación. Si era un extraño que perseguía un fin particular, debía de atribuir a esas cartas solo una importancia secundaria.

Sea como fuere, había allí una idea, y la señora Andermatt, en su desasosiego, se alegró demasiado de acogerla. Nos agradeció con efusión y prometió mantenernos al corriente.

Dos días después, en efecto, nos envió esta nota que había recibido en respuesta:

«Las cartas no se encontraban allí. Pero las tendré, esté tranquila. Velo por todo. S.»

Tomé el papel. Era la escritura de la nota que habían introducido en mi libro de cabecera la noche del 22 de junio.

Daspry tenía razón, pues, Salvator era el gran organizador de este asunto.

---

En verdad, empezábamos a discernir algunos destellos entre las tinieblas que nos rodeaban y ciertos puntos se iluminaban con una luz inesperada. Pero, ¡cuántos otros permanecían oscuros, como el descubrimiento de los dos sietes de corazones! Por mi parte, volvía siempre a ello, más intrigado quizá de lo que hubiera sido necesario por esas dos cartas cuyas siete pequeñas figuras traspasadas habían golpeado mis ojos en circunstancias tan turbadoras. ¿Qué papel desempeñaban en el drama? ¿Qué importancia debía atribuírseles? ¿Qué conclusión debía sacarse de este hecho de que el submarino construido sobre los planos de Louis Lacombe llevara el nombre de *Siete de Corazones*?

Daspry, por su parte, se ocupaba poco de las dos cartas, dedicado por entero al estudio de otro problema cuya solución le parecía más urgente: buscaba incansablemente el famoso escondite.

—Y quién sabe —decía—, si no encontraré allí las cartas que Salvator no encontró... por inadvertencia quizá. Es tan poco creíble que los hermanos Varin hayan retirado de un lugar que suponían inaccesible, el arma cuyo valor inestimable conocían.

Y buscaba. Como la gran sala pronto no tuvo más secretos para él, extendió sus investigaciones a todas las otras habitaciones del pabellón: escrutó el interior y el exterior, examinó las piedras y los ladrillos de las murallas, levantó las pizarras del tejado.

Un día, llegó con un pico y una pala, me dio la pala, se quedó con el pico y, señalando el terreno baldío:

—Vamos allá.

Lo seguí sin entusiasmo. Dividió el terreno en varias secciones que inspeccionó sucesivamente. Pero, en un rincón, en el ángulo que formaban los muros de dos propiedades vecinas, un amontonamiento de escombros y guijarros, cubiertos de zarzas y hierbas, atrajo su atención. Lo atacó.

Tuve que ayudarlo. Durante una hora, a pleno sol, trabajamos inútilmente. Pero cuando, bajo las piedras apartadas, llegamos al suelo mismo, y lo hubimos abierto, el pico de Daspry dejó al descubierto unos huesos, un resto de esqueleto alrededor del cual todavía se deshilachaban jirones de ropa.

Y de repente me sentí palidecer. Veía clavada en tierra una pequeña placa de hierro, recortada en forma de rectángulo y en la que me pareció distinguir manchas rojas. Me agaché. Era eso: la placa tenía las dimensiones de un naipe, y las manchas rojas, de un rojo de minio roído en algunos lugares, eran siete, dispuestas como los siete puntos de un siete de corazones, y perforadas por un agujero en cada una de las siete puntas.

—Escuche, Daspry, estoy harto de todas estas historias. Tanto mejor para usted si le interesan. Yo lo dejo.

¿Fue la emoción? ¿Fue la fatiga de un trabajo ejecutado bajo un sol demasiado rudo? El caso es que vacilé al marcharme, y tuve que meterme en la cama, donde permanecí cuarenta y ocho horas, febril y ardiente, obsesionado por esqueletos que danzaban a mi alrededor y se arrojaban a la cabeza sus corazones sanguinolentos.

Daspry me fue fiel. Cada día me dedicaba tres o cuatro horas, que pasaba, es verdad, en la gran sala, husmeando, golpeando y tamborileando.

—Las cartas están aquí, en esta habitación —venía a decirme de vez en cuando—, están aquí. Pondría mi mano en el fuego.

—Déjeme en paz —respondía yo, erizado.

La mañana del tercer día, me levanté bastante débil todavía, pero curado. Un almuerzo sustancioso me reconfortó. Pero un mensaje neumático que recibí hacia las cinco contribuyó, más que nada, a mi completo restablecimiento, de tanto que mi curiosidad fue, de nuevo y a pesar de todo, picada en vivo.

El neumático contenía estas palabras:

«Señor:

El drama cuyo primer acto tuvo lugar en la noche del 22 al 23 de junio, toca a su fin. La fuerza misma de las cosas exige que ponga en presencia uno del otro a los dos principales personajes de este drama y que esta confrontación tenga lugar en su casa, por lo que le estaría infinitamente agradecido si me prestara su domicilio para la velada de hoy. Sería bueno que, de nueve a once, su criado estuviera ausente, y preferible que usted mismo tuviera la extrema amabilidad de dejar el campo libre a los adversarios. Pudo usted comprobar, en la noche del 22 al 23 de junio, que llevo hasta el escrúpulo el respeto por todo lo que le pertenece. Por mi parte, creería hacerle un agravio si dudara un solo instante de su absoluta discreción con respecto a quien firma

Su devoto,

SALVATOR.»

Había en esta misiva un tono de ironía cortés y, en la petición que expresaba, una fantasía tan bonita, que me deleité. Era de una desenvoltura encantadora, y mi corresponsal parecía tan seguro de mi aquiescencia! Por nada del mundo habría querido decepcionarlo o responder a su confianza con ingratitud.

A las ocho, mi criado, a quien había ofrecido una entrada de teatro, acababa de salir cuando llegó Daspry. Le mostré el neumático.

—¿Y bien? —me dijo.

—Pues bien, dejo la verja del jardín abierta, para que se pueda entrar.

—¿Y usted se va?

—¡Jamás en la vida!

—Pero si se lo piden...

—Se me pide discreción. Seré discreto. Pero tengo unas ganas locas de ver lo que va a pasar.

Daspry se echó a reír.

—A fe mía, tiene usted razón, y yo también me quedo. Tengo la idea de que no nos aburriremos.

Un timbrazo lo interrumpió.

—¿Ellos ya? —murmuró—. ¡Y veinte minutos antes! Imposible.

Desde el vestíbulo, tiré del cordón que abría la verja. Una silueta de mujer cruzó el jardín: la señora Andermatt.

Parecía trastornada, y fue sofocándose como balbuceó:

—Mi marido... viene... tiene una cita... deben darle las cartas...

—¿Cómo lo sabe? —le dije.

—Una casualidad. Una nota que mi marido recibió durante la cena.

—¿Un neumático?

—Un mensaje telefónico. El criado me lo entregó por error. Mi marido lo tomó enseguida, pero era demasiado tarde... lo había leído.

—Había leído...

—Esto más o menos: «A las nueve, esta noche, esté en el bulevar Maillot con los documentos que conciernen al asunto. A cambio, las cartas.» Después de la cena, subí a mi habitación y salí.

—¿Sin que el señor Andermatt lo supiera?

—Sí.

Daspry me miró.

—¿Qué piensa?

—Pienso lo que usted piensa, que el señor Andermatt es uno de los adversarios convocados.

—¿Por quién? ¿Y con qué fin?

—Eso es precisamente lo que vamos a saber.

Los conduje a la gran sala.

A duras penas podíamos caber los tres bajo el manto de la chimenea, y disimularnos detrás del cortinaje de terciopelo. Nos instalamos. La señora Andermatt se sentó entre nosotros dos. Por las rendijas de la cortina, toda la estancia se nos aparecía.

Sonaron las nueve. Unos minutos más tarde, la verja del jardín chirrió sobre sus goznes.

Confieso que no dejaba de sentir cierta angustia y que una fiebre nueva me sobreexcitaba. ¡Estaba a punto de conocer la clave del enigma! La desconcertante aventura cuyas peripecias se desarrollaban ante mí desde hacía semanas, iba por fin a cobrar su verdadero sentido, y era ante mis ojos que la batalla iba a librarse.

Daspry cogió la mano de la señora Andermatt y murmuró:

—¡Sobre todo, ni un movimiento! Oiga o vea lo que oiga o vea, permanezca impassible.

Alguien entró. Y reconocí en seguida, por su gran parecido con Étienne Varin, a su hermano Alfred. Mismo andar pesado, mismo rostro terroso invadido por la barba.

Entró con el aire inquieto de un hombre que tiene la costumbre de temer emboscadas a su alrededor, que las olfatea y las evita. De un vistazo abarcó la estancia, y tuve la impresión de que esa chimenea enmascarada por una portezuela de terciopelo le resultaba desagradable. Dio tres pasos hacia nuestro lado. Pero una idea, más imperiosa sin duda, lo desvió, pues se dirigió hacia la pared, se detuvo ante el viejo rey de mosaico, de barba florida y espada flamígera, y lo examinó largamente, subiéndose a una silla, siguiendo con el dedo el contorno de los hombros y del rostro, y palpando ciertas partes de la imagen.

Pero bruscamente saltó de su silla y se alejó de la pared. Resonaba un ruido de pasos. En el umbral apareció el señor Andermatt.

El banquero lanzó un grito de sorpresa.

—¡Usted! ¡Usted! ¿Es usted quien me ha llamado?

—¿Yo? Pero en absoluto —protestó Varin con una voz quebrada que me recordó la de su hermano—. Es su carta la que me ha hecho venir.

—¡Mi carta!

—Una carta firmada por usted, donde me ofrece...

—Yo no le he escrito.

—¡No me ha escrito!

Instintivamente, Varin se puso en guardia, no contra el banquero, sino contra el enemigo desconocido que lo había atraído a esa trampa. Una segunda vez sus ojos se volvieron hacia nuestro lado y, rápidamente, se dirigió hacia la puerta.

El señor Andermatt le cerró el paso.

—¿Qué hace, Varin?

—Hay aquí maquinaciones que no me gustan. Me voy. Buenas noches.

—¡Un momento!

—Veamos, señor Andermatt, no insista, no tenemos nada que decirnos.

—Tenemos mucho que decirnos y la ocasión es demasiado buena...

—Déjeme pasar.

—No, no, no, no pasará.

Varin retrocedió, intimidado por la actitud resuelta del banquero, y masculló:

—Entonces, rápido, hablemos, ¡y que se acabe!

Una cosa me asombraba, y no dudaba de que mis dos compañeros sintieran la misma decepción. ¿Cómo era posible que Salvator no estuviera allí? ¿No entraba en sus planes intervenir? ¿Y le parecía suficiente la sola confrontación del banquero y de Varin? Estaba singularmente turbado. Por su ausencia, este duelo, combinado por él, querido por él, tomaba el aire trágico de los acontecimientos que suscita y comanda el orden riguroso del destino, y la fuerza que enfrentaba a estos dos hombres impresionaba tanto más cuanto que residía fuera de ellos.

Tras un momento, el señor Andermatt se acercó a Varin y, bien de frente, mirándolo a los ojos:

—Ahora que han pasado años y que ya no tiene nada que temer, respóndame francamente, Varin. ¿Qué ha hecho con Louis Lacombe?

—¡Vaya pregunta! ¡Como si yo pudiera saber qué ha sido de él!

—¡Usted lo sabe! ¡Usted lo sabe! Su hermano y usted seguían sus pasos, vivían casi en su casa, en la misma casa donde estamos. Estaban al corriente de todos sus trabajos, de todos sus proyectos. Y la última noche, Varin, cuando acompañé a Louis Lacombe hasta mi puerta, vi dos siluetas que se escabullían en la sombra. Eso, estoy dispuesto a jurarlo.

—Y después, ¿cuando lo haya jurado?

—Eran su hermano y usted, Varin.

—Pruébelo.

—Pero la mejor prueba es que, dos días más tarde, usted mismo me mostró los papeles y los planos que había recogido de la cartera de Lacombe, y que me propuso vendérmelos. ¿Cómo estaban esos papeles en su poder?

—Ya se lo dije, señor Andermatt, los encontramos en la misma mesa de Louis Lacombe a la mañana siguiente, después de su desaparición.

—No es verdad.

—Pruébelo.

—La justicia podría haberlo probado.

—¿Por qué no acudió a la justicia?

—¿Por qué? ¡Ah, por qué!...

Se calló, con el rostro sombrío. Y el otro reanudó:

—Mire, señor Andermatt, si hubiera tenido la menor certeza, no es la pequeña amenaza que le hicimos la que habría impedido...

—¿Qué amenaza? ¿Esas cartas? ¿Se imagina que alguna vez creí un instante?...

—Si no creyó en esas cartas, ¿por qué me ofreció miles y miles por recuperarlas? Y por qué, desde entonces, nos ha hecho acosar como a bestias, a mi hermano y a mí?

—Para recuperar unos planos que me interesaban.

—¡Vamos! Era por las cartas. Una vez en posesión de las cartas, nos denunciaba. ¡Ni hablar de que me deshiciera de ellas!

Soltó una carcajada que interrumpió de repente.

—Pero ya basta. Por mucho que repitamos las mismas palabras, no avanzaremos más. Por consiguiente, lo dejaremos aquí.

—No lo dejaremos aquí —dijo el banquero—, y puesto que ha hablado de las cartas, no saldrá de aquí antes de habérmelas devuelto.

—Saldré.

—No, no.

—Escuche, señor Andermatt, le aconsejo...

—No saldrá.

—Eso ya lo veremos —dijo Varin con tal acento de rabia que la señora Andermatt ahogó un débil grito.

Debió de oírla, pues quiso pasar a la fuerza. El señor Andermatt lo empujó violentamente. Entonces lo vi deslizar su mano en el bolsillo de su chaleco.

—¡Una última vez!

—Primero las cartas.

Varin sacó un revólver y, apuntando al señor Andermatt:

—¿Sí o no?

El banquero se agachó vivamente.

Sonó un disparo. El arma cayó.

Me quedé estupefacto. ¡El disparo había sonado cerca de mí! ¡Y había sido Daspry quien, de un pistoletazo, había hecho saltar el arma de la mano de Alfred Varin!

Y, erguido de repente entre los dos adversarios, frente a Varin, se mofaba:

—Tiene suerte, amigo mío, una suerte bárbara. Apuntaba a la mano, y he alcanzado el revólver.

Ambos lo contemplaban, inmóviles y confundidos. Dijo al banquero:

—Me disculpará, señor, por meterme en lo que no me incumbe. Pero realmente está jugando su partida con demasiada torpeza. Permítame llevar las cartas.

Volviéndose hacia el otro:

—A nosotros dos, camarada. Y rápido, te lo ruego. El triunfo es corazones, y yo juego el siete.

Y, a tres pulgadas de su nariz, le pegó la placa de hierro donde estaban marcados los siete puntos rojos.

Jamás me ha sido dado ver tal trastorno. Lívido, con los ojos desorbitados, las facciones torcidas de angustia, el hombre parecía hipnotizado por la imagen que se le ofrecía.

—¿Quién es usted? —balbuceó.

—Ya lo he dicho, un señor que se ocupa de lo que no le incumbe... pero que se ocupa a fondo.

—¿Qué quiere?

—Todo lo que has traído.

—No he traído nada.

—Sí, si no, no habrías venido. Has recibido esta mañana una nota convocándote aquí para las nueve, y ordenándote que trajeras todos los papeles que tenías. Y aquí estás. ¿Dónde están los papeles?

Había en la voz de Daspry, había en su actitud, una autoridad que me desconcertaba, una forma de actuar totalmente nueva en este hombre más bien nonchalante de ordinario y dulce. Absolutamente domado, Varin señaló uno de sus bolsillos.

—Los papeles están ahí.

—¿Están todos?

—Sí.

—¿Todos los que encontraste en la cartera de Louis Lacombe y que vendiste al mayor von Lieben?

—Sí.

—¿Es la copia o el original?

—El original.

—¿Cuánto quieres por ellos?

—Cien mil.

Daspry soltó una carcajada.

—Estás loco. El mayor no te dio más que veinte mil. Veinte mil tirados al agua, puesto que los ensayos fallaron.

—No supieron usar los planos.

—Los planos están incompletos.

—Entonces, ¿por qué me los pide?

—Los necesito. Te ofrezco cinco mil francos. Ni un céntimo más.

—Diez mil. Ni un céntimo menos.

—Concedido.

Daspry volvió al señor Andermatt.

—Haga el favor de firmar un cheque, señor.

—Pero... es que no tengo...

—¿Su talonario? Aquí está.

Aturdido, el señor Andermatt palpó el talonario que Daspry le tendía.

—Es mío... ¿Cómo es posible?

—No más palabras vanas, se lo ruego, querido señor, no tiene más que firmar.

El banquero sacó su estilográfica y firmó. Varin adelantó la mano.

—Quita las zarpas —dijo Daspry—, no hemos terminado.

Y dirigiéndose al banquero:

—También se habló de unas cartas, ¿que usted reclama?

—Sí, un paquete de cartas.

—¿Dónde están, Varin?

—No las tengo.

—¿Dónde están, Varin?

—Lo ignoro. Es mi hermano quien se había encargado de ellas.

—Están escondidas aquí, en esta habitación.

—En ese caso, usted sabe dónde están.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Hombre, ¿no es usted quien visitó el escondite? Parece usted tan bien informado... como Salvator.

—Las cartas no están en el escondite.

—Están allí.

—Ábrelo.

Varin lanzó una mirada de desconfianza. ¿Eran Daspry y Salvator realmente la misma persona, como todo parecía indicar? Si era así, no arriesgaba nada mostrando un escondite ya conocido. Si no, era inútil...

—Ábrelo —repitió Daspry.

—No tengo un siete de corazones.

—Sí, este —dijo Daspry, tendiéndole la placa de hierro.

Varin retrocedió, aterrorizado:

—No... no... no quiero...

—No importa...

Daspry se dirigió hacia el viejo monarca de barba florida, se subió a una silla y aplicó el siete de corazones en la parte inferior de la espada, contra la guarda, y de manera que los bordes de la placa

recubrieran exactamente los dos bordes de la hoja. Luego, con la ayuda de un punzón, que introdujo alternativamente en cada uno de los siete agujeros practicados en la punta de los siete puntos de corazón, presionó siete de las pequeñas teselas del mosaico. Al presionar la séptima tesela, se produjo un resorte, y todo el busto del rey giró, descubriendo una amplia abertura acondicionada como un cofre, con revestimientos de hierro y dos estantes de acero reluciente.

—Ya ves, Varin, el cofre está vacío.

—En efecto... Entonces es que mi hermano habrá retirado las cartas.

Daspry volvió hacia el hombre y le dijo:

—No te hagas el listo conmigo. Hay otro escondite. ¿Dónde está?

—No lo hay.

—¿Es dinero lo que quieres? ¿Cuánto?

—Diez mil.

—Señor Andermatt, ¿valen esas cartas diez mil francos para usted?

—Sí —dijo el banquero con voz fuerte.

Varin cerró el cofre, tomó el siete de corazones, no sin una repugnancia visible, y lo aplicó sobre la espada, contra la guarda, y justo en el mismo lugar. Sucesivamente, hundió el punzón en la punta de los siete puntos de corazón. Se produjo un segundo resorte, pero esta vez, cosa inesperada, solo una parte del cofre giró, descubriendo un pequeño cofre practicado en el espesor mismo de la puerta que cerraba el más grande.

El paquete de cartas estaba allí, atado con un cordel y lacrado. Varin se lo entregó a Daspry. Este preguntó:

—¿El cheque está listo, señor Andermatt?

—Sí.

—¿Y tiene usted también el último documento que recibió de Louis Lacombe, y que completa los planos del submarino?

—Sí.

Se hizo el intercambio. Daspry se embolsó el documento y el cheque, y ofreció el paquete al señor Andermatt.

—Aquí tiene lo que deseaba, señor.

El banquero dudó un momento, como si tuviera miedo de tocar esas páginas malditas que había buscado con tanto ahínco. Luego, con un gesto nervioso, se apoderó de ellas.

Cerca de mí oí un gemido. Cogí la mano de la señora Andermatt: estaba helada.

Y Daspry dijo al banquero:

—Creo, señor, que nuestra conversación ha terminado. ¡Oh! Nada de agradecimientos, se lo suplico. Solo el azar ha querido que pudiera serle útil.

El señor Andermatt se retiró. Se llevaba las cartas de su mujer a Louis Lacombe.

—¡A las mil maravillas! —exclamó Daspry con aire encantado—. Todo se arregla para bien. No nos queda más que zanjar nuestro asunto, camarada. ¿Tienes los papeles?

—Aquí están todos.

Daspry los compulsó, los examinó atentamente y los guardó en su bolsillo.

—Perfecto, has cumplido tu palabra.

—Pero...

—¿Pero qué?

—¿Los dos cheques?... ¿El dinero?...

—Vaya, tienes descaro, amigo. ¡Cómo te atreves a reclamar!

—Reclamo lo que se me debe.

—¿Se te debe algo por unos papeles que has robado?

Pero el hombre parecía fuera de sí. Temblaba de cólera, con los ojos inyectados en sangre.

—El dinero... los veinte mil... —balbuceó.

—Imposible... tengo un uso para ellos.

—¡El dinero!...

—Vamos, sé razonable, y deja tranquilo tu puñal.

Le agarró el brazo tan brutalmente que el otro aulló de dolor, y añadió:

—Vete, camarada, el aire te sentará bien. ¿Quieres que te acompañe? Nos iremos por el terreno baldío, y te mostraré un montón de piedras bajo el cual...

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—Pero sí, es verdad. Esa pequeña placa de hierro con los siete puntos rojos viene de allí. Nunca se separaba de Louis Lacombe, ¿recuerdas? Tu hermano y tú la enterrasteis con el cadáver... y con otras cosas que interesarán enormemente a la justicia.

Varin se cubrió el rostro con sus puños rabiosos. Luego pronunció:

—De acuerdo. Me han engañado. No hablemos más de ello. Una palabra, sin embargo... una sola palabra... quisiera saber...

—Escucho.

—Había en ese cofre, en el más grande de los dos, ¿un cofrecillo?

—Sí.

—Cuando vino usted aquí, la noche del 22 al 23 de junio, ¿estaba allí?

—Sí.

—¿Contenía?...

—Todo lo que los hermanos Varin habían encerrado allí, una bonita colección de joyas, diamantes y perlas, conseguidos de aquí y de allá por dichos hermanos.

—¿Y usted lo cogió?

—¡Hombre! Ponte en mi lugar.

—Entonces... ¿fue al constatar la desaparición del cofrecillo que mi hermano se mató?

—Probable. La desaparición de vuestra correspondencia con el mayor von Lieben no habría sido suficiente. Pero la desaparición del cofrecillo... ¿Es eso todo lo que tenías que preguntarme?

—Esto todavía: ¿su nombre?

—Dices eso como si tuvieras ideas de venganza.

—¡Pardiez! La suerte cambia. Hoy usted es el más fuerte. Mañana...

—Serás tú.

—Cuento con ello. ¿Su nombre?

—Arsène Lupin.

—¡Arsène Lupin!

El hombre vaciló, aturdido como por un mazazo. Se diría que esas dos palabras le quitaban toda esperanza. Daspry se echó a reír.

—¡Ah, vamos! ¿Te imaginabas que un señor Durand o Dupont habría podido montar todo este tinglado? ¡Anda ya, hacía falta al menos un Arsène Lupin! Y ahora que estás informado, muchacho, ve a preparar tu venganza. Arsène Lupin te espera.

Y lo empujó fuera, sin una palabra más.

---

—¡Daspry, Daspry! —grité, llamándolo todavía, y a mi pesar, por el nombre con el que lo había conocido.

Aparté la cortina de terciopelo.

Él acudió.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—La señora Andermatt no se encuentra bien.

Se apresuró, le hizo oler sales y, mientras la cuidaba, me interrogaba:

—Y bien, ¿qué ha pasado entonces?

—Las cartas —le dije—, ilas cartas de Louis Lacombe que le ha dado a su marido!

Se golpeó la frente.

—¡Creyó que yo había hecho eso!... Pero sí, después de todo, podía creerlo. ¡Imbécil de mí!

La señora Andermatt, reanimada, lo escuchaba ávidamente. Sacó de su cartera un pequeño paquete en todo punto semejante al que se había llevado el señor Andermatt.

—Aquí tiene sus cartas, señora, las verdaderas.

—Pero... ¿las otras?

—Las otras son las mismas que estas, pero recopiadas por mí, esta noche, y cuidadosamente arregladas. Su marido estará tanto más feliz de leerlas cuanto que no sospechará la sustitución, puesto que todo ha parecido pasar ante sus ojos...

—La escritura...

—No hay escritura que no se pueda imitar.

Ella le agradeció, con las mismas palabras de gratitud que habría dirigido a un hombre de su mundo, y vi que no debió de oír las últimas frases intercambiadas entre Varin y Arsène Lupin.

Yo lo miraba no sin embarazo, sin saber muy bien qué decir a este antiguo amigo que se revelaba ante mí bajo una luz tan imprevista.

¡Lupin! ¡Era Lupin! ¡Mi compañero de club no era otro que Lupin! No salía de mi asombro. Pero él, muy a sus anchas:

—Puede usted despedirse de Jean Daspry.

—¡Ah!

—Sí, Jean Daspry se va de viaje. Lo envió a Marruecos. Es muy posible que encuentre allí un fin digno de él. Confieso incluso que es su intención.

—¿Pero Arsène Lupin se queda con nosotros?

—¡Oh, más que nunca! Arsène Lupin no está más que al principio de su carrera, y cuenta con...

Un movimiento de curiosidad irresistible me lanzó sobre él, y llevándolo a cierta distancia de la señora Andermatt:

—¿Así que ha descubierto al fin el segundo escondite, el que contenía el paquete de cartas?

—¡Me ha costado bastante! Fue ayer solamente, por la tarde, mientras usted estaba acostado. Y sin embargo, ¡Dios sabe lo fácil que era! Pero las cosas más simples son aquellas en las que se piensa en último lugar.

Y mostrándome el siete de corazones:

—Había adivinado que, para abrir el gran cofre, había que aplicar esta carta contra la espada del hombre de mosaico...

—¿Cómo lo había adivinado?

—Fácilmente. Por mis informaciones particulares, sabía al venir aquí, la noche del 22 de junio...

—Después de dejarme...

—Sí, y después de haberlo puesto con conversaciones escogidas en un estado de ánimo tal que un nervioso y un impresionable como usted debía fatalmente dejarme actuar a mi antojo, sin salir de su cama.

—El razonamiento era justo.

—Sabía, pues, al venir aquí, que había un cofrecillo escondido en un cofre con cerradura secreta, y que el siete de corazones era la llave, la palabra de esa cerradura. No se trataba más que de aplicar ese siete de corazones en un lugar que le estuviera visiblemente reservado. Una hora de examen me bastó.

—¡Una hora!

—Observe al hombre de mosaico.

—¿El viejo emperador?

—Ese viejo emperador es la representación exacta del rey de corazones de todas las barajas, Carlomagno.

—En efecto... ¿Pero por qué el siete de corazones abre a veces el gran cofre y a veces el pequeño? ¿Y por qué no abrió usted primero más que el gran cofre?

—¿Por qué? Pues porque me obstinaba siempre en colocar mi siete de corazones en el mismo sentido. Ayer solamente me di cuenta de que, al darle la vuelta, es decir, al poner el séptimo punto, el del medio, hacia arriba en lugar de ponerlo hacia abajo, la disposición de los siete puntos cambiaba.

—¡Pardiez!

—Evidentemente, pardiez, pero todavía había que pensar en ello.

—Otra cosa: ¿ignoraba usted la historia de las cartas antes de que la señora Andermatt...

—...hablara de ello delante de mí? Sí. No había descubierto en el cofre, aparte del cofrecillo, más que la correspondencia de los dos hermanos, correspondencia que me puso sobre la pista de su traición.

—En resumen, ¿fue por casualidad que se vio usted llevado, primero a reconstruir la historia de los dos hermanos, y luego a buscar los planos y los documentos del submarino?

—Por casualidad.

—Pero, ¿con qué fin ha buscado?...

Daspry me interrumpió riendo:

—¡Dios mío, cómo le interesa este asunto!

—Me apasiona.

—Pues bien, dentro de un rato, cuando haya acompañado a la señora Andermatt y haya llevado al Écho de France la nota que voy a escribir, volveré y entraremos en detalles.

Se sentó y escribió una de esas pequeñas notas lapidarias en las que se divierte la fantasía del personaje. ¿Quién no recuerda el ruido que hizo esta en el mundo entero?

«Arsène Lupin ha resuelto el problema que Salvator planteó últimamente. Dueño de todos los documentos y planos originales del ingeniero Louis Lacombe, los ha hecho llegar a manos del ministro de Marina. Con esta ocasión, abre una suscripción con el fin de ofrecer al Estado el primer submarino construido según esos planos. Y él mismo se inscribe a la cabeza de esta suscripción por la suma de veinte mil francos.»

—¿Los veinte mil francos de los cheques del señor Andermatt? — le dije, cuando me hubo dado el papel a leer.

—Precisamente. Era justo que Varin redimiera en parte su traición.

---

Y así es como conocí a Arsène Lupin. Así es como supe que Jean Daspry, compañero de club, relación mundana, no era otro que Arsène Lupin, caballero ladrón. Así es como anudé lazos de amistad muy agradables con nuestro gran hombre, y como, poco a poco, gracias a la confianza con la que se digna honrarme, me he convertido en su muy humilde, muy fiel y muy agradecido historiógrafo.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**